

La Historia y su función pública en tiempos de crisis: teoría y método para combatir el presentismo

*History and its Public Function in Time of Crisis:
Theory and Method to Combat Presenteeism*

Mauricio Ibarra Zoellner*
Teniente Coronel del Ejército de Chile

Resumen: El trabajo historiográfico es mucho más que navegar en libros, antecedentes y personajes, debe desarrollar una evaluación del momento y su contexto en la historia, y no solo plantearlo desde el prisma de la actualidad. Este trabajo reflexiona acerca de la teoría de la Historia, su método y los pilares hermenéuticos que deben regir la aproximación al pasado. Asimismo, indaga respecto de la relación de la Historia con la Memoria y la Nación, proponiendo relaciones en un contexto histórico de crisis y transformaciones.

Palabras claves: Historiografía – Hermenéutica – Método histórico – Crisis.

Abstract: Historiography is much more than navigating books, antecedents and characters, it must develop an evaluation of the moment and its context in history, and not only pose it from the prism of today. This work reflects on the theory of History, its method and the hermeneutical pillars that should govern the approach to the past. Likewise, it investigates the relationship of History with Memory and the Nation, proposing relationships in a historical context of crisis and transformation.

Key words: Historiography – Hermeneutics – Historical Method – Crisis.

Fecha de recepción: 30 de julio de 2020

Fecha de aceptación y versión final: 8 de septiembre de 2020

* Teniente Coronel. Oficial de Ejército del Arma de Artillería. Oficial de Estado Mayor. Licenciado en Ciencias Militares. Magíster en Planificación y Gestión Estratégica. Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico de la Academia de Guerra del Ejército de Chile. Doctor (c) en Historia, Universidad San Sebastián. E-mail: Mauricio.ibarra@acague.cl

Introducción

Este artículo se estructura desde la Teoría de la Historia y busca aportar a la reflexión del papel de la disciplina en el actual contexto histórico, al que caracterizamos como una crisis fundacional. En el presente, como suele suceder en los períodos de cambios importantes, la Historia aparece como una herramienta epistemológica de relevancia que debería ayudar a comprender mejor los procesos en los que el ser humano se encuentra. Con todo, aun cuando públicamente los resultados de la investigación histórica son utilizados para dar asidero al discurso, a menudo aquel mecanismo argumental aparece para levantar juicios de los valores de épocas pasadas y para enaltecer los del presente. Tanto en Chile como en el mundo hemos observado la caída de estatuas, rayados de monumentos, entre otros ataques al patrimonio que hablan de la necesidad de reflexionar por el modo en que debe intervenir la Historia en el debate público, en particular en contextos como el actual. A partir del tejido fáctico que actualmente enfrentamos, surge un problema metodológico referente a si es el historiador quien debe juzgar o no las ideas de tiempos pasados.

116

Este trabajo reflexiona en torno a la teoría de la Historia, su método y los pilares hermenéuticos que deben regir la aproximación al pasado. Asimismo, indaga la relación de la Historia con la Memoria y la Nación, proponiendo relaciones en un contexto histórico de crisis y transformaciones.

Teoría de la Historia: hacia una reflexión del oficio

El trabajo historiográfico –sus preguntas, categorías de análisis, modos de aproximarse al pasado, entre otros elementos– es el producto de ciertas particularidades propias de una época. Cada una de ellas tiene sus propios factores contextuales que, de un modo u otro, inciden en la disposición de las distintas producciones historiográficas de un período específico (Traverso, 2007).

Con todo, aun teniendo esto en cuenta, vale decir que la historia no es una ciencia en el sentido más positivista y decimonónico del término, en la actualidad encontramos de forma extendida –dentro y fuera del campo historiográfico– una tendencia a la proyección del pasado de supuestos actuales de orden moral y ético; en suma, un deber ser. En otras palabras, se trata de una escala de valores políticamente correctos, propios de nuestra época, que

son exigidos sin apelación a un pasado anterior. Esta estrecha conceptualización es empleada a menudo por algunos autores como mecanismo legítimo para “comprender” el pasado debido a que dichos valores y supuestos serían atemporales (Ibáñez, 2004, p. 88). Esta tendencia, cada vez más creciente, considera que el pasado debería haber sido, no del modo en que fue, sino acorde a los valores actuales.

Es cierto que el historiador trabaja con el presente, y que desde allí emanan sus preguntas, pero la brújula que orienta su investigación supone el riguroso empleo de un método, que apunta a comprender el pasado, para entregar respuestas a ese presente. El rol de la Historia no es leer y juzgar el pasado en una clave ético-moralista, desde el presente, sino entenderlo; no para construir verdades absolutas, sino para proponer algunas certezas (Ibáñez, 2004, pp. 90-97). Cada realidad histórica tiene su propia historicidad, en virtud de ello deben ser respetados sus actores, con sus valores, concepciones, visiones de mundo, etc., sin dotarlos de cualidades o anhelos que les son ajenos. Ahora bien, como señala José Javier Ruiz, esto tampoco quiere decir que debamos restringir el estudio de la Historia solo a historiadores profesionales. La cuestión no es quién escribe la Historia, sino con qué medios intelectuales es escrita y con qué propósitos (Ibáñez, 2004, p. 89). En efecto, no solo autores ajenos a la disciplina histórica pueden caer en los vicios antes mencionados: los historiadores profesionales también.

Por lo anterior, resulta fundamental tener consciencia de las nociones en torno a una Teoría de la Historia, es decir, de qué forma determinada sociedad piensa la Historia en tanto disciplina y el trabajo historiográfico con sus distintas metodologías. Por ejemplo, el positivismo estableció la necesidad de contar con documentación empírica y la búsqueda de leyes de la historia; luego el historicismo lo criticó apuntando hacia un enfoque de interpretación singular de los distintos procesos (Juliá, 2011, p. 231).

Respecto de la concepción del oficio de la Historia, John Lewis Gaddis afirma que se articula como un ejercicio intelectual de representación, en ningún caso de una verdad revelada. De acuerdo con Gaddis, dicho modo de aproximarse a la labor historiográfica permite experimentar una visión más amplia acerca del pasado, por cuanto:

Si el lector considera que la investigación histórica es una suerte de máquina del tiempo, se dará cuenta de inmediato que sus posibilidades exceden con mucho las normales de los artefactos de ciencia ficción. En efecto, como ilustran los ejemplos de Macaulay y Adams, los historiadores, tienen capacidad

para el criterio selectivo, la simultaneidad y el cambio de escala: de la cacofonía de los acontecimientos seleccionan lo que piensan que es realmente importante, están en varios momentos y lugares a la vez y se acercan o se alejan más o menos entre el análisis macroscópico y el análisis microscópico (Gaddis, 2004, pp. 21-22).

En otras palabras, el ejercicio intelectual que aborde el pasado como objeto de estudio desde el presente, efectivamente está condicionado por las ineludibles subjetividades de quien realiza dicha labor, pero este debe ajustarse a un método definido que permita la producción de representaciones que apunten a comprender coherentemente ese pasado; método que a su vez es producto de una historicidad. Como señala Gaddis, el ejercicio historiográfico permite analizar el pasado en perspectiva; reconociendo en ese quehacer cierto grado de arbitrariedad (inevitable), pero manteniendo una coherencia metodológica en dicha labor.

Al respecto, Georg Gadamer reafirma que siempre habrá prejuicios que medien en la labor del trabajo con el pasado, razón por la que dicho esfuerzo heurístico y hermenéutico debe ser sometido a un método que norme esa producción intelectual, pero sin por ello llegar a asimilar precipitadamente el pasado con las propias expectativas del investigador. De hecho, señala Gadamer, “el comportamiento hermenéutico está obligado a proyectar un horizonte histórico que se distinga del presente” (Gadamer, 1999, pp. 376-377). La proyección de un horizonte histórico distinto, particular, pero al mismo tiempo que forma parte de una continuidad histórica en la que se inserta el presente, debe ir acompañada de una apertura analítica, de quien realiza el trabajo histórico, con el fin de no buscar deliberadamente una confirmación de sus prejuicios y preconcepciones respecto de ese pasado. Por ello, antes de elaborar cualquier clase de interpretación histórica o representación de un pasado determinado, el intelectual debe privilegiar primero la indagación de los hechos a la luz de su propio contexto (Juliá, 2011, pp. 233-234).

Nos referimos a ese agente, deliberadamente, como intelectual y no como historiador, porque como hemos consignado con anterioridad, el trabajo respecto del estudio y comprensión del pasado no debe ser dominio exclusivo de los historiadores. Los especialistas de disciplinas pueden efectivamente aventurarse a la interpretación del pasado. Sin embargo, la interrogación e indagación desde el presente hacia ese pasado debe ser, en términos hermenéuticos, un ejercicio intelectual ajustado a parámetros de rigurosidad.

Politización del pasado: usos y abusos de la Historia

Los frutos de la investigación histórica deben siempre aspirar a ser un permanente material intelectual de consumo en el diario debate público, sea esto en el sentido académico, como parte de la sobremesa, o bien en la discusión política. Por supuesto, ese es un rol deseable desde la perspectiva de la Teoría de la Historia. El problema surge –siguiendo a Ruiz– con la elección y finalidad de los medios intelectuales que configuran la representación del pasado y los objetivos que movilizan al que realiza esa labor. En efecto, el compromiso político no es de ninguna manera una dimensión excluyente del oficio historiográfico; como señala Richards Evans, esta ha sido fuente de un sinnúmero de excelentes trabajos historiográficos, así como de resultados desastrosos (Evans, 1990, pp. 190-191). Estos fatales desenlaces ocurren cuando el compromiso político distorsiona o malinterpreta las fuentes con las que trabaja el historiador, el que, estando al servicio de una ideología o estructura de pensamiento del presente, omite las especificidades históricas –valores e ideas legítimas– construyendo representaciones históricas alejadas de la objetividad que plantea la historiología.

El compromiso político –consciente o inconscientemente– puede estar manifestado en la selección de un tema de estudio, de la metodología a seguir, entre otras discrecionalidades ineludibles propias del oficio historiográfico. Pero definitivamente aquella adhesión personal no puede caer en la manipulación de la interpretación de dicho pasado, atropellando sus singularidades históricas (1990, p. 192). En esta actividad, científico-profesional, debe primar una aproximación crítica hacia el pasado; es el modo en que el historiador elabora su argumento donde estriba la diferencia, debiendo descansar en hechos y evidencias, aunque estas derriben sus convicciones ideológico-políticas.

En aquel sentido, ciertas corrientes de investigación histórica han asumido, al menos desde la década de 1980, una significativa tendencia hacia la “deconstrucción”, los “usos del pasado” y procesos de “invención de la tradición”, conceptos instrumentales que propician un enfoque que mira hacia el pasado con criterios que observan que dichas construcciones sociales de antaño deben ser sometidas a examen (Briones, 1994, pp. 99-129). La consecuencia directa de esta arbitrariedad hermenéutica es que cualquier proceso de simbolización social “debe” ser interpretado como una maquiación orquestada por los protagonistas de ese pasado (como si esos actores tuvieran certeza de cómo va a terminar ese proceso), asumiendo por lo demás

que los sujetos tienen la historia en sus manos (1994, pp. 103-104). Por ello, Claudia Briones propone:

...analizar en vez de desconocer la madeja de estructura e indeterminación, de forma e incoherencia, que se nos presenta cuando exigimos el movimiento de contingentes sociales a través del tiempo; examinar la historicidad perceptual y práctica propia de mundos sociales de los que forman parte; y, por último, situar “ser” y acción” comparativamente dentro de sus distintos contextos culturales, para poner en entredicho los tropos básicos de la historiografía occidental –es decir, “biografía” y “evento” como ventanas históricas transparentes y neutrales (Briones, 1994, p. 119).

Explicar todo proceso histórico como parte de una simple construcción cultural de la realidad, maquiavélica, de los actores (usualmente élites) que tienen un libreto y premeditan los hechos, es un reduccionismo postmoderno. A menudo, los devotos de esta línea de pensamiento historiográfico creen que, alterando la construcción sociocultural e histórica de realidades pasadas, propiciarán que los hombres de su presente puedan cambiar la realidad a su voluntad, de acuerdo con sus necesidades presentistas (Wood, 2009, pp. 2-6). Sin embargo, esas “construcciones culturales” o “sociales” de verdad son el producto de su propio tiempo, con las singularidades que aquellas realidades padecían, irrepetibles, pues las mujeres y hombres que las propiciaron –a partir del conocimiento que tenían en ese instante histórico– hoy ya no existen. Luego, aquellas abstractas edificaciones no son fácilmente manipulables y transformables, pues son creaciones de gentes de un tiempo pretérito cuya obra tiene un significado sociocultural profundo (que es omitido por la simplificación postmoderna). De hecho, es discutible cuanto de ello es verdaderamente creado deliberadamente y cuanto es producto del “azar” o las circunstancias de su propio tiempo histórico, como sea que el libre albedrío o el determinismo hayan intervenido en ello.

Más tarde, es indispensable que estas investigaciones presuman de historicismo, para así acceder a la coherencia propia de un estadio vivencial que, dentro de un proceso histórico, se asocie a un “antes” y un “después”, y que de ninguna manera se disgregue de un continuo. Con ello evadimos una mirada “presentista” como parte de la tentación del investigador; es decir, debemos huir de una noción de responsabilidad moral y jurídica en la historia, que usualmente viste al historiador de fiscal (Angenot, 2014, pp. 155-174). Como señala Marc Angenot, si bien es humano sentir

indignación por los crímenes y horrores pasados (a la luz de la escala de valores de nuestra época), ello no puede ser fundamento para vestir al historiador de fiscal. Como hemos señalado hasta aquí, el oficio historiográfico (sea ejercido por un profesional o no) debe ajustarse a una rigurosidad hermenéutica, no una pretendida objetividad, pero sí comprendiendo la época en estudio en su propia lógica e historicidad. Tras ello, el historiador deja constancia en su investigación que no es posible establecer el grado de certeza con el que contaban los actores de aquellas épocas en estudio respecto del desarrollo de sus acciones y, mucho menos, de cómo estas concluirían y cuál sería su impacto en futuro mediato.

La tendencia a convertir la historia de las ideas en una requisitoria implica, a mi entender una arrogancia que tiene que ver con el “presentismo”: supongamos que las teorías médicas y psiquiátricas del siglo XIX sobre las mujeres, la histeria o los “pederastas”, a pesar de su aplomo positivista y su aparataje experimental, eran malintencionadas y absurdas y que estaban atravesadas por mitos y fantasmas, pero mis convicciones feministas e igualitarias de hoy, que me autorizan a calificar despectivamente de “machistas” y “homofóbicos” a los académicos del pasado, sí, serían íntegramente racionales e irreversiblemente aceptadas... (Angenot, 2014, p. 171).

121

Es sintomático que ese mismo presentismo devenga en la necesidad de demandar y ofrecer disculpas y compensaciones por acciones y acontecimientos del pasado, que en el presente adquieren un cariz de repudio. Al respecto, Margaret McMillan cuestiona: “¿Resulta sano para las sociedades, por lo tanto, disculparse por cosas que se hicieron en otros siglos y bajo diferentes creencias?” (MacMillan, 2010, p. 40). Jefes de Estado disculpándose por el colonialismo o la esclavitud defendida por sus antecesores, sin tener directa relación con los hechos, y sobre todo en un anacronismo abismante que cuestiona los criterios y decisiones del pasado.

Lo cierto es que si enredamos la Historia con disculpas anacrónicas, corremos el peligro de que no prestemos atención a los problemas del presente. Es decir, ese presentismo irónicamente nos separará del presente y sus nudos. McMillan profundiza incluso más allá, denunciando que ese afán por exigir y ofrecer disculpas por conductas de otro tiempo histórico, puede erigirse como una trampa que permita, a las autoridades de todo tipo, eludir sus responsabilidades presentes mediante palabras baratas y erigirse como

personas humanitarias (MacMillan, 2010, p. 45). De nada sirve, argumenta MacMillan, que las autoridades pidan perdón por la esclavitud, si es que los hijos actuales de personas afrodescendientes no tienen seguridad social, ni acceso a la educación y sus padres no pueden encontrar estabilidad laboral para mantener una familia (2010, pp. 45-46).

De acuerdo con Antoon De Baets, los trabajos de investigación histórica que persiguen el conocimiento de la verdad de un período o acontecimiento –siempre relativo, por cierto–, sean estos llevados a cabo por profesionales o legos y que caen en una interpretación “presentista”, no solo pueden tener un profundo impacto en el público –no pretendido, por cierto–, sino que develan un mal uso de las herramientas conceptuales que la historiografía pone a disposición del investigador. El significado del uso de estas malas prácticas radica en que un ejercicio irresponsable es inconsciente, muchas veces por ignorancia y desconocimiento (voluntario o involuntario) del oficio y sus disposiciones hermenéuticas, mientras que el abuso es una práctica negligente, deliberada, de quien conoce las consecuencias y actúa –muchas veces por razones políticas, en el mal sentido de la expresión– por condicionar todo análisis histórico (De Baets, 2003, pp. 17-58).

122

La Historia, la memoria, la Nación y sus héroes

La teorización referente a los Estados y la nación sigue una línea de lo que llamamos anteriormente como “construcciones sociales”. De acuerdo con Eric Hobsbawm y Terence Ranger, la nación y el Estado se posicionan como una forma de organización social y cultural que se atribuye raíces profundas, en donde una tradición cohesionadora es inventada, aglutinando una sociedad (Hobsbawm y Ranger, 2002). De la misma manera, Benedict Anderson habla de la nación como una “comunidad imaginada”, construida socialmente, imaginada por personas que se perciben entre sí como partes de un mismo cuerpo social, permitiendo cohesión (Anderson, 1993). Ambos autores concuerdan en que la nación es producto de la modernidad.

En esa línea es que William Sater ubica a los héroes nacionales como producto de las necesidades de una determinada sociedad, en donde distintos miembros de esa comunidad imaginada consideran las acciones de un hombre público (civil o militar) como heroicas. Al respecto Sater profundiza que los héroes son:

Una manifestación de... un sistema de valores, o sea, una tentativa colectiva de restaurar el orden, la estabilidad y el progreso en una sociedad a través de la restauración, protección o revitalización de un sistema de valores... se transforma en un movimiento, adopta una figura simbólica o una consigna, o se reúne alrededor de un dirigente para exorcizar las fuerzas satánicas y retornar la sociedad a su pasado dorado, restaurando su antiguo sistema de valores (Sater, 2005, p. XXII).

Por las características propias de los héroes, Margaret McMillan sostiene que la necesidad de recurrir al pasado para respaldar nuestros valores se debe a que “no confiamos ya en las autoridades de hoy día” (MacMillan, 2010, p. 30). En la actualidad, la realidad se encuentra bajo un constante escrutinio, con ayuda del desarrollo mediático y el internet. Luego, la era de la información posa sus ojos sobre las autoridades (de todo tipo, políticas, religiosas, sociales y culturales), permitiéndonos saber mucho más de ellas hoy que en el pasado. Podríamos sostener que la autoridad en la actualidad se encuentra desacralizada y, por esa razón, necesitamos a los héroes nacionales para respaldar determinados valores. En este sentido, es que los héroes son un campo en disputa que lleva a ocupar (de forma cuestionable) ese terreno.

Ahora bien, la relación entre historia, memoria y héroes en diálogo con la comunidad nacional no está exenta de complejidades que devienen en el presentismo y sus vicios asociados. En virtud de lo desarrollado en los primeros apartados de este artículo, sabemos que la Historia tiene un método y reglas hermenéuticas que norman su trabajo con el pasado, deviniendo en una representación de la realidad. Por su parte, la memoria, según Enzo Traverso, son representaciones colectivas del pasado tal y como son forjadas en el presente, estructurando identidades sociales, colectivas, inscribiéndolas en una continuidad histórica (un horizonte histórico, al decir de Gadamer), entregándoles una dirección, intención o propósito (2007, p. 17). Esta dirección, intención o propósito que entrega la memoria a una comunidad es elaborada desde el presente, no existiendo un método.

De hecho, Pierre Nora separa a la Historia de la memoria, señalando a la primera como una práctica intelectual que requiere de crítica y análisis, en discusión permanente, mientras que a la memoria la caracteriza como absoluta, indiscutible, encarnada por subjetividades, siendo la manipulación y deformación inconsciente parte intrínseca de ella (Nora, 2009, pp. 20-21). Traverso profundiza en que la dimensión política de la memoria colectiva, y los abusos que la acompañan, inevitablemente terminan de afectar la forma

de escribir la Historia, propiciando una utilización pública de la Historia (2007, p. 19). De hecho, este autor cuestiona a Nora y su distinción entre historia y memoria, por cuanto ambas buscan el mismo objetivo, es decir, la elaboración del pasado.

François Hartog considera que, en nuestro presente contemporáneo, la necesidad de la memoria colectiva puede interpretarse como una expresión de una crisis de la sociedad contemporánea con el tiempo, como una forma de responder a la incertidumbre (Hartog, 2007, p. 173). Eso explica el presentismo acompañado de la jerarquización de la memoria, en un contexto en el que las identidades colectivas e individuales están en crisis. En tiempos en que la jerarquización de los valores del presente son empleados para examinar el pasado y juzgarlo, retomar el papel que debe jugar la Historia en una época como esta, es importante.

Del estallido social al *Black Lives Matter*: el rol de la Historia en el fin de ciclo o el fin de una época

124

En la actualidad, al referimos a nuestro presente, advertimos que estamos ante una crisis de época, del tipo que ocurren cada cien años. El llamado “estallido social” y ahora la pandemia del Covid-19 son expresiones de ello; en el mundo ello ha repercutido con fenómenos como el *Black Lives Matters*. Tanto el estallido en Chile como las reacciones en el mundo al asesinato de George Floyd, implicó una oleada de destrucción al patrimonio público, rayados en las calles y sobre todo ataques a monumentos de quienes deberían ser los héroes de la nación. Este fenómeno, cargado de un presentismo miope, pretende juzgar con los criterios actuales lo que hicieron hombres de otro pasado.

La profesora Margaret MacMillan señala que, en nuestra época, la Historia se encarga de enseñarnos el bien y el mal, las virtudes y los vicios, reemplazando a la religión, restaurando una sensación de que existe algo por sobre los seres humanos comunes y corrientes, que puede juzgarnos. Sin embargo,

si la Historia es el juez al que apelamos, también puede fallar en nuestra contra. Puede poner de relieve nuestros errores recordándonos los de aquellos que, en otros momentos, se enfrentaron a problemas similares, pero tomaron decisiones distintas, quizá mejores (MacMillan, 2010, p. 35).

En este sentido, puede ocurrir que los impugnadores puedan ser impugnados. Al respecto, Daniele Giglioli entrega antecedentes interesantes. En su criterio, “la víctima es el héroe de nuestro tiempo” (2017, p. 2), genera identidad en tiempos en que las identidades tradicionales se hallan en crisis. Asimismo, entrega derecho, autoestima, inmuniza ante las críticas y garantiza la inocencia más allá de cualquier duda. En este sentido,

La palabra de la víctima, absoluta por incensurable, es el disfraz más astuto del que Lacan llamaba “el discurso del patrón”: un discurso que, sobre la base de una norma fundada solo en sí misma, pero suplementada por el derecho al resarcimiento del que la víctima goza, impone el tono de la réplica, fija el contexto, dicta los términos de la confrontación y prohíbe que se cambien por el supuesto bien del interlocutor. El patrón, ha escrito Slavoj Zizek, comentando a Lacan, “es el que recibe dones de manera tal que quien da perciba la aceptación de su propio don como un premio”. No se trata, pues, de un “sé bueno y dame la razón”, sino más bien de un “dame la razón y serás bueno (Giglioli, 2017, p. 10).

Giglioli sentencia que la victimización tiene un lado mitológico, debido a que es una situación histórica, tuvo un principio; antes había fragilidad y mortalidad, no ideología victimista. La ideología feminista toma ventaja de estos supuestos, al omitir fundamentos como la presunción de inocencia a quienes son acusados de violencia de género.

De acuerdo con Marc Angenot, en la actualidad domina un ritual de exorcismo judicial, en donde los valores contemporáneos son encarnados en el Tribunal del Presente que juzga el pasado. Sumado a esto, señala Angenot, una actitud muy megalómana es la de pretender esbozar conceptos absolutos, universales y atemporales, como “democracia” o “libertad”, pretendiendo ser neutras y válidas para cualquier tiempo histórico (2014, p. 170). Historizar, señala Angenot, “es descartar la idea de que nosotros podríamos salir del curso de la historia para producir una definición ‘trascendental’ de un concepto” (2014, p. 171).

Este recorrido nos regresa a lo que motivó este trabajo, es decir, pensar la historia, su método y su teoría. En tiempos en que la memoria está a la orden del día, en que ser víctima entrega identidad, en que las estatuas son destruidas por no ser suficientemente representativas para los intereses de algunos, valorar el oficio historiográfico es fundamental. Juliá destaca que el historiador,

No trata de ir armado de pies a cabeza con una teoría o con una problemática, no se siente prisionero de ningún paradigma ni obligado a seguir la dirección impuesta por el último giro epistemológico: a la búsqueda de los hechos y de las voces del pasado el artesano sale ligero de equipaje... aquello no funcionó, los hechos se le rompían entre las manos. En lugar de una teoría, prefiere variados recursos teóricos, según se lo pidan los hechos y el argumento, que, por otra parte, requieren también de variados recursos metodológicos y retóricos (Juliá, 2011, p. 238).

Como afirma Gadamer, el comportamiento hermenéutico en el oficio del trabajo con el pasado que pretende producir conocimiento histórico, obliga a proyectar un horizonte histórico que lo distinga del presente. Tener conciencia histórica es saber y conocer su propia alteridad, diferenciándose del pasado, de la tradición a la cual estudia, pero que al mismo tiempo es parte de un horizonte histórico común (Gadamer, 1999, p. 377). En tiempos en que las estatuas caen, en donde hay incertidumbre, falta de identidad, pero sobre todo, presentismo, el pensamiento histórico tiene mucho que aportar, para dar una mirada de largo plazo que ayude a poner las cosas en perspectiva. Lo contrario a ello sería proseguir con un presentismo que construye una memoria histórica que más sabe a un totalitario revisionismo que a un serio trabajo de investigación histórica que nos entregue profundidad teórica permitiendo obtener certezas y trabajar por un futuro común como sociedad.

126

Conclusiones

Este breve ensayo ha puesto sobre la mesa la función pública que le atañe a la historia –mirado como el producto de un trabajo metódico y científico de reconstrucción de representaciones culturales y sociopolíticas de tiempos pasados– en épocas de crisis. Por supuesto, el trance que hoy tiene en cuestión el horizonte constitucional de nuestra nación y de cómo enfrentar su porvenir, exigen de la historia ser referente e inspiración para aquellos que intervienen en el debate público. Y en esta especial circunstancia, en que subyace, más que una bipolaridad, una multipolaridad de miradas y posiciones político-ideológicas, la historia posee un protagonismo académico, político y social de incalculable valor para descifrar el pasado, comprender el presente y pronosticar los escenarios futuros.

De ahí su función pública, pues sus conclusiones no están reservadas para delimitadas discusiones con alcances menores, sino que el conocimiento que aporta la historia es un insumo en la toma de decisiones que va desde lo doméstico a lo político. Allí es donde la irresponsabilidad y el abuso de la investigación histórica, abandonando las reglas historiográficas y hermenéuticas, construyen una historia basada en el presentismo que da lugar a “memorias históricas” que rehúyen la objetividad y desvían la mirada con intereses sectarios o particulares que no benefician a su sociedad. La verdad histórica no es única y menos inmutable, pues en el futuro puede ser cuestionada por nuevos hallazgos, pero aquella que hoy se obtenga debe ser alcanzada con el máximo rigor científico para que sirva a todos y no solo a unos pocos. Esto, en el bien entendido que derribar estatuas no borra la historia.

Bibliografía

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Ciudad de México, Distrito Federal, México: Fondo de Cultura Económica,.
- Angenot, M. (2014). “El historiador en traje fiscal. La noción de responsabilidad moral/jurídica en la historia”. Primas.
- Baradit, J. (2015-2017). *Historia Secreta de Chile*. Santiago, Metropolitana, Chile: Sudamericana.
- Briones, C. (1994). Con la tradición de todas las generaciones pasadas gravitando sobre las mentes vivas: usos del pasado e invención de la tradición (Vol. XXI). Runa.
- De Baets, A. (2003). “A theory of the abuse of History”. *Revista Brasileira de História*, 33(65).
- Evans, R. J. (1990). *In defence of history*. New York, Estados Unidos: Norton & Company.
- Gadamer, H. G. (1999). *Verdad y método* (Vol. I). Salamanca, España: Sígueme.
- Gaddis, J. L. (2004). *El paisaje de la historia: Cómo los historiadores representan el pasado*. Barcelona, España: Anagrama.
- Giglioli, D. (2017). *Crítica de la víctima*. Barcelona, España: Herder.
- Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo*. Ciudad de México, Distrito Federal, México: Universidad Iberoamericana.

- Hobsbawm, E., y Ranger, T. (2002). *La Invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Ibáñez, J. J. (2004). “El pretérito no es un presente imperfecto... Algunas consideraciones personales sobre la posición del historiador ante los usos públicos de la historia”. En J. A. Gómez, y M. E. Nicolás, *Miradas a la historia* (p. 88). Universidad de Murcia.
- Juliá, S. (2011). *Elogio de la historia en tiempo de Memoria* (M. Pons, Ed.). Madrid.
- MacMillan, M. (2010). *Usos y abusos de la historia*. Barcelona, España: Ariel.
- Nora, P. (2009). *Pierre Nora en Les Lieux de mémoire*. Santiago, Metropolitana, Chile: LOM.
- Salazar, G. (2000). *Labradores, Peones y Proletarios: formación y crisis de la sociedad popular del siglo XIX*. Santiago: LOM.
- Salazar, G. (2005). *Construcción de Estado en Chile (1760-1860): democracia de “los pueblos” militarismo ciudadano golpismo oligárquico*. Santiago, Chile: Sudamericana.
- Sater, W. (2005). *La imagen heroica en Chile: Arturo Prat, santo secular*. Santiago, Metropolitana, Chile: Centro de Estudios Bicentenario.
- Traverso, E. (2007). *El pasado: Instrucciones de uso. Historia, Memoria, Política* (M. Pons, Ed.). Madrid.
- Wood, G. S. (2009). “The purpose on the Past: Reflections on the uses of History”: *Historically Speaking*.